

EL PERIODISMO O TEORIA Y TECNICA DEL TRIPLE SALTO MORTAL

El hecho concreto tiene nombre y apellidos: Antonio Guerra Gil. Tiene lugar: Sevilla. Incluso podríamos concretar más el lugar hasta situarlo dentro de un edificio: el del diario *El Correo de Andalucía*. Antonio Guerra Gil, periodista, ha sido despedido a través de la siguiente nota:

«Habiendo incurrido en la prohibición del artículo 78 de la vigente Reglamentación Nacional de Trabajo en Prensa y en las faltas muy graves tipificadas en el apartado 8.º del artículo 87 de la R. N. P. y apartados B, C, E y G del artículo 77 de la Ley de Contrato de Trabajo, nos vemos obligados, en aplicación del artículo 88 de dicho Reglamento y concordantes de la Ley de Contrato de Trabajo, a prescindir de sus servicios.

Sírvanse firmar el adjunto duplicado en señal de enterado. Muy atentamente».

Enterado Antonio Guerra, enterado el estamento periodístico nacional, habrá de hablar largo y tendido sobre este «affaire» que pone en primer plano la evidencia de que hay serios intentos para que el periodista lleve librea como Haydn en el palacio del príncipe Estherazy. Antonio Guerra publicó en *Sábado Gráfico* un reportaje titulado *Periodismo, oligarquías y subdesarrollo en Sevilla*. En aquel artículo llamaba la atención sobre la angustiada situación de la prensa en las provincias «ausentes», es decir, en aquellas provincias que conforman intramuros con sus propios códigos dictados por muchos virreyes:

«Los periodistas sevillanos tenemos una impresión de impotencia ante los distintos grupos de presión que organizan de forma totalizadora —por no decir totalitaria— la vida de la capital y la provincia. El antiguo poder de la influyente clase rural ha tratado de ir introduciéndose poco a poco en los órganos administrativos. Hoy se ha sustituido el poderío de las mesnadas y el cortijo por el de las influencias en los despachos».

«Pero las posibilidades y los me-

diros para una crítica constructiva siempre han sido difíciles por el Sur, y cuando se intentó, tuvimos que pasarlo mal...». «... Se nos cerraron las puertas en esta capital de los dolores informativos por los extraños rumores de politización que pudieron correr sobre nuestras personas, por la influencia en los medios de difusión de los que han cambiado el caballo y el cortijo por el Dodge Dart y el despacho de ejecutivo en pleno centro de la ciudad».

Decía a continuación Guerra que la mayor parte de los profesionales críticos tenían la tentación del desánimo; de «tirar la toalla». Habla uno por uno de excelentes profesionales sevillanos, muchos de ellos incorporados al «ranking» literario peninsular con pleno derecho: José María Requena, Smicht Carretero-Luca de Tena, Antonio Burgos, José María Javierra, Manuel Ferrand, Juan Holgado, Nicolás Salas, Juan Luis Manfredi. La impetribilidad crítica de la sociedad provinciana les ha llevado a la práctica de un periodismo marginal o a la desprofesionalización.

«El periodista de provincia tiene un círculo más reducido donde ejercer su profesión, pero por eso puede ver más de cerca el terreno que ha de cuidar; también por esta razón de cercanía recibe los palos con más contundencia».

Casi concluye con estas palabras Antonio Guerra su trabajo periodístico que tan dura respuesta empresarial ha merecido. Y a uno le parece que esa respuesta empresarial, más que un contraargumento, ha sido la ratificación última de todos los argumentos aportados por Antonio Guerra.

HISTORIA DE UN DESPIDO

El autor del artículo había pedido dos meses de excedencia sin sueldo a la empresa y se le habían concedido. Durante esos meses publicó el trabajo en cuestión, y al término del permiso trató de reincorporarse al trabajo. Pero en

la portería, repito, en la portería del diario le aguardaba esta nota:

«Por indicación del señor director de *«El Correo de Andalucía»*, a partir de esta nota deberán prohibir terminantemente la entrada en nuestros locales al redactor don Antonio Guerra Gil, actualmente en situación de permiso sin sueldo».

Guerra Gil llamó a dos compañeros periodistas para que testificaran sobre la realidad de la nota y sobre sus deseos de reincorporación. Entonces se le permitió entrar en la Redacción, hablar con el director, Federico Villagrán, y tras un forcejeo dialéctico se le concedió que volviera a trabajar, pero en el archivo. Se le recalco incluso que su lugar de trabajo era el espacio físico del archivo y en ningún caso debía cruzar la puerta que llevaba al templo donde cotidianamente se consagra y reconsegra la libertad de información y expresión. A los tres días de permanencia en el archivo fue cuando se le comunicó la orden de despido anteriormente transcrita.

Si examinamos las reglamentaciones esgrimidas por la empresa para justificar el despido y volvemos a leer el artículo de Guerra Gil, resulta difícil encontrar los párrafos o las palabras donde haya revelado secretos de la empresa o deslealtad. Y eso, ya sin tener en cuenta que el periodista no tiene otro vínculo de lealtad que el que le debe unir al público. Y ese peatón de la Historia merece saber la verdad, toda la verdad, en cuanto instrumentaliza su posibilidad de comprender la realidad que le rodea. A ese peatón de la Historia se le arroja desarmado culturalmente en el centro de un mundo que sólo podrá comprender a partir de los datos y opiniones que le suministran los medios de comunicación social.

La mediatización de esa relación es clave para toda clase de poder, y el papel instrumental del profesional del periodismo en esa mediatización aparece cada día más necesario, y por eso mismo, cada día más irritante para el propio profesional. Ultimamente ha aparecido en España abundante bibliografía sobre temas de información. Se insiste en la necesidad de crear un estatuto flexible en el control de la información por parte de la sociedad y se tienen en cuenta vicios y abusos del control muy tipificados: el poder político, la legislación, la empresa. Pero tal vez por un exceso de abstracción teórica civilizada se olvida el caciquismo, con todas sus variantes: desde el publicitario que amenaza con re-

tirar publicidad si determinada información sale, hasta el magnate que invierte en la prensa para poder utilizarla en su día a favor de la creación de corrientes de opinión que beneficien sus negocios paralelos.

¿Qué papel juega el profesional sometido al control político, jurídico, empresarial, de grupos de presión, de amigos de la empresa, de amigos de amigos de grupos de presión actuantes sobre la empresa, de la cuñada de un hermano del primo del compañero de golf del consejero-delegado de la empresa, del director espiritual de un vecino del compañero de golf del consejero-delegado de la empresa? La cosa se complica cuando nos damos cuenta de la precariedad del mercado de trabajo periodístico en España. Para empezar, muchas publicaciones aún no tienen fijadas las plantillas, y cuando se fijan, están por debajo de las necesidades de un periodismo serio. Con la limitación de puestos de trabajo se crea, por una parte, la amenaza de desempleo y subempleo, y por otra, una tendencia a la conservación del difícil puesto que guarda la vida mucho más que el ojo del amo.

Dice Antonio Guerra que la situación de un profesional en «provincias» es angustiosa, porque la presión de los reyezuelos de esto y aquello aparece como cosa arralgada y casi institucionalizada. Es indudable. Pero no le sobra gran cosa al periodismo de las grandes capitales, donde a veces la amenaza de retirada de un crédito ha condenado al ostracismo a profesionales molestos, o los gustos particulares de cualquier «presionante», sea individualmente o en grupo, pueden afectar el enfoque de una noticia, el silencio de otras, el acento de muchas.

LA CONCEPCION DE LA INFORMACION

Lo que se baraja es una concepción del servicio de la información. Dentro de la organización vital, el papel de la información se ha revelado clave para el control de la capacidad de respuesta del ciudadano. Se le dota de elementos culturales uniformados hasta que penetra en la edad laboral. A partir de entonces, la información será su único medio de conocimiento de la realidad que queda más allá de sus relaciones personales (trabajo, amistades, familia). La capacidad de concepción del mundo, del otro, de la Historia, quedará en manos de los medios de comunicación de masas.

La información se convierte, por ello, en un estimadísimo aparato para fabricar ideología uniformadora y tranquilizante. Del cacharrito se valen todos los que pueden pagar las piezas o los que previamente se han asegurado su control político-jurídico. Como suele haber coincidencia de pareceres entre los que poseen el medio de producción informativa y los que controlan el correlato político-jurídico, se llega a una identidad de objetivos: poner a la información al servicio de una situación dada, en la esperanza de convertir la Historia en una foto fija.

Ahora bien, para conseguir lacar la realidad hay que recurrir a gentes de oficio, a peluqueros de la información con o sin casaca. Es entonces cuando entra en juego el profesional dotado de una tecnología del mensaje que tiene un precio si se ajusta a la intencionalidad que los controladores quieren dar a ese mensaje.

Sé que es mucho más fácil explicarlo, pero mucho más arriesgado. Y sé también que es muy difícil hacer frente a esta situación de postración profesional, de no mediar una toma de conciencia radical por parte de los mismos profesionales. Una toma de conciencia que se está fraguando en estos momentos a nivel internacional y que ha tenido síntomas muy aireados, a la medida del colonialismo yanqui, y síntomas ya muy estudiados y convertidos en materia de tesis, a la medida del academicismo europeo. Por una parte, Watergate y la victoria del «Washington Post», y por otra, las muy reputadas «sociedades de redactores».

En la medida española, podemos convertir el caso de Antonio Guerra en una película nacional protagonizada por Landa o López Vázquez, o podemos darle la exacta medida de una grave piedra de toque que afrontar. Están muy claros los derechos del poder político, muy claros los derechos empresariales y muy oscuros los derechos de los profesionales. El periodista está en condiciones de medir la única objetividad válida: la que apuesta por un sentido progresivo de la modificación de la realidad. Hay un compromiso implícito entre el profesional y el público, precisamente porque el público aparece desvalido ante cualquier conspiración de voces o silencios que se perpetre contra él.

Se ha insistido mucho sobre la «sociedad de redactores» como fórmula de parcial arreglo, y en el contexto actual no sería de desde-

ñar. Pero muy poco sobre «las sociedades de lectores y suscriptores» en la línea de la creciente necesidad de participación popular. Si se especula sobre la necesidad de que los consumidores tengan toda clase de garantías sobre los componentes de la margarina de mesa, se revela la necesidad de que el lector de periódicos tenga garantías sobre una mercancía que le satisface o modifica el apetito histórico.

Habría que hablar, pues, de un eje profesional-público que equilibrara el potencial del eje Estado-empresa. Ante el caso que ha dado origen a esta reflexión, uno sólo puede deducir que las revelaciones de Guerra sobre el periodismo en provincias tenían un interés capital para el público de provincias consumidor de ese periodismo. La lealtad hacia ese público está por encima de cualquier otro tipo de lealtades. Cuando las agencias internacionales falsifican o mixtifican la información según los intereses perseguidos, se habla de la necesaria independencia informativa de los pueblos. Dejemos las grandes abstracciones geopolíticas y reduzcámonos a la realidad cotidiana de una ciudad en la que la conciencia de la inmensa mayoría depende de lo que le meten por el embudo informativo. La desigualdad de la relación es evidente.

Al periodista se le ha convertido en sacerdote poseedor de mecanismos de traducción de un latín que él no controla. Cada mañana oficia ante los fieles como un mero intermediario; al parecer, al margen de las colectas de los cepillos materiales y espirituales. La práctica cotidiana de la profesión, la subconsciente asimilación de los riesgos conllevados, no ayuda precisamente a un distanciamiento crítico que haga ver al profesional qué papel juega por su gusto y qué papel le hacen jugar.

Pero de vez en cuando, la rutina de la irreflexión se rompe por casos que lo que nos ocupa. En este aspecto influye además la llegada al profesionalismo de las nuevas promociones surgidas de las escuelas especializadas, con una cierta capacidad de teorización sobre su práctica cotidiana y en perpetuo conflicto moral entre lo que quieren dar al público y lo que pueden dar. La presión de esos nuevos profesionales empieza a sentirse y es un hecho irreversible frente al que no se consigue hacer frente ni por el control estructural, ni por la notas dejadas en la portería. ■ M. V. M.

Los Contem pora neos

LA REBELION DE LOS TONTOS

Entre las pocas convicciones de tipo general que tiene el mundo, una es que el verano es época de tontos. Es, a mi juicio, una creencia optimista, porque supone que el invierno, el otoño y la peligrosa primavera son épocas de inteligentes. "En verano no se lee", se dice. En invierno, ciertamente, se edita. En verano, los teatros se cierran o entregan sus salas a espectáculos mediocres o desesperados, y los empresarios de cines hacen un esfuerzo infinito para seleccionar películas tontas entre todas sus películas tontas. El que a veces aparezcan en verano obras o películas inteligentes ("Ana y los lobos") no es más que un resultado dialéctico, el de la negación-de-la-negación. Si el encargado de seleccionar lo tonto es tonto en sí mismo, seleccionará lo inteligente como tonto.

La base de esta singular creencia es la de suponer que la recepción de la cultura es un trabajo y que en verano hay que descansar. También puede suponerse que es una conspiración. Los tontos aprovechan el descanso veraniego, las vacaciones, la baja de la guardia de los inteligentes, para adueñarse en verano del poder cultural. Es una revolución. Cada vez cuesta luego más trabajo desalojarlos. Y muchas veces, en pleno invierno, puede pensarse que han ganado ya definitivamente, quizá hace muchos años.

Uno de los más eficaces instrumentos en su técnica del golpe de estado son los festivales. Los festivales, claro, de verano. Escuchándolos se comprende hasta qué punto ha sido grave la derrota de los inteligentes. Entendamos por inteligentes a una línea de cerebros privilegiados, desde el anónimo inventor del caleidoscopio y la linterna mágica, hasta Zworkyn, el del icinoscopio, pasando por los sabios de la electricidad las ondas hertzianas y el cine (toda la serie de los Lumière, Volta, Hertz, Marconi, Edison...). Y Von Braun, que con sus estrepitosas máquinas de guerra adelantó los satélites artificiales, y por lo tanto, el Telstar. Toda esta acumulación científica, todas estas glorias —y los fracasos que se quedaron por el camino—, han servido finalmente para que se transmita a toda España y a Iberoamérica la imagen de Emilio

José ganando el Festival de Benidorm gracias a un sistema de comunicación telefónica instantánea —¡el cerebro de Graham Bell!— que dio los votos de los Jurados, leídos por una primera actriz que suele interpretar "Abelardo y Eloísa" y empujados de las Redacciones de periódicos regionales —¡Gutenberg!— de toda España. "Soledad, tan tierra como la amapola, que vivió siempre en el trigo sola, sin necesidad de nadie...", cantaba Emilio José para millones de personas en, por lo menos, dos continentes, unidas por la maravilla de la ciencia y de la técnica humanas: "Soledad vive como otra cualquiera/en la aldea donde naciera/lava, corre, llora y rie...", insistió el cantautor, como se dice ahora para adecuar el lenguaje a lo que en otros tiempos se llamó "silbantes" (porque silbaban sus melodías para que otros las escribieran).

El triunfo de la aleluya sobre la ciencia es impresionante. Otras aleluyas merecieron el más severo Premio de la Crítica, el más intelectual galardón: "a la mejor letra". "Aún no he quitado el mantel/que sabe tanto de tu piel" (es de Pedro Rodríguez, que en invierno tiene una producción distinta). Es, en efecto, una letra interesante, porque estimula, hace pensar. ¿Cómo un mantel puede servir para algunas combinaciones por las cuales puede entrar en la sabiduría directa de la piel de una persona? ¿Por qué el cantor no lo ha quitado? ¿De dónde no lo ha quitado? De un ángulo de la habitación. "Aún espera en un rincón,/como un soldado de cartón". La confusión aumenta, ¿Qué se hacía con un mantel especialista en epidermis en un rincón? ¿Cómo puede adquirir la forma espectacular de un soldado de cartón?

Es el triunfo del verano sobre el invierno. En invierno, los sabios inventaron la electricidad, la radio, el teléfono, el cine, la televisión, la prensa. En verano fueron ocupados por los otros. Que se van adentrando cada vez más hacia el otoño, hacia el invierno...

Esto puede llevar a la inquietante pregunta de quiénes son, en realidad, los tontos. ¿No serán los supremos inteligentes? ¿Los que han sido capaces de convencer a los verdaderos tontos de que son inteligentes, y que se conformen con eso?

POZUELO